

Afganistán

NUÑO AGUIRRE DE CÁRCER*

La situación actual del mundo a partir del magnicidio del once de septiembre nos aparece como sorprendente por inesperada y preocupante por su incierta evolución.

Hemos asistido desde un principio al desarrollo mismo de los ataques aéreos que han supuesto la muerte instantánea de varios miles de personas inocentes en las Torres Gemelas de Manhattan y en el Pentágono de Washington. Hemos sido testigos de la habilidad insospechadamente diabólica con que se perpetraron, del valor y generosidad de los equipos de rescate (empezando por los bomberos, que sin duda se merecen un próximo premio Príncipe de Asturias), y de la sensación de pánico e inseguridad que se ha adueñado de gran parte de la población (no sólo en los Estados Unidos) respecto al uso de ciertos medios de transporte colectivo.

Otras consecuencias inmediatas fueron, entre otras: la bajada en picado de la cotización en bolsa de las compañías de transporte aéreo, de las empresas turísticas, que han motivado drásticas reducciones de plantillas, paro que se extiende enseguida a las empresas instaladas en aquellas

* Embajador de España.

Torres Gemelas y en su entorno. La reducción sustancial en los niveles de desarrollo económico previstos obliga a muchos países a acudir a fórmulas keynesianas que contradicen las doctrinas vigentes hasta entonces. Quedan igualmente en tela de juicio programas de las grandes instituciones económicas internacionales, la OMC, el FMI y el Banco Mundial.

El haber provocado todos estos desarreglos mediante un solo golpe atroz supone, desgraciadamente, una primera victoria parcial pero real, para las mentes que diseñaron e hicieron ejecutar por sus secuaces tan inconcebibles actos de agresión indiscriminada.

En un segundo tiempo, y para reafirmar la seguridad de personas y bienes, los gobiernos que se sienten directamente afectados se unen en una causa común de defensa frente a un terrorismo a escala mundial, tratan de investigar los medios humanos y materiales (en primer lugar los financieros) que han hecho posible que se planificaran y se llevaran a cabo estas acciones criminales, así como los eventuales apoyos de cualquier orden por parte de gobiernos concretos. A medida que se aclaran estos extremos, se van identificando sus inductores, sus mecenas, sus corruptores ideológicos, todos los cuales merecen un castigo ejemplar de forma que no pueda haber impunidad para ninguno de ellos ni campo abonado para la siembra de sus mensajes de odio y de terror.

Mientras se avanza en estas averiguaciones, se monta de forma paralela y adecuada una coalición de países dispuestos a defenderse, bajo la coordinación del principal afectado, los Estados Unidos, y con el beneplácito de las Naciones Unidas mediante una resolución de su Consejo de Seguridad. Esto último ha permitido que se amplíe como nunca el campo de los coaligados hasta incluir a Rusia y China. También están en ese campo la mayoría de los países árabes e islámicos, cuyo apoyo se irá graduando según las circunstancias de su política interna, la presión de su opinión pública y las compensaciones que puedan obtener.

La identificación de los principales, aunque no únicos, responsables no ha sido ni muy difícil ni muy discutida, por cuanto un hombre, Osama bin Laden, al frente de una misteriosa corporación llamada al-Qaida (La Base) y un país asiático, Afganistán, regido de facto por un líder religioso, el mul lah Mohamed Omar, jefe de los llamados taliban, se han declarado reiterada y clamorosamente instigadores de esta yihad, (guerra santa), asegurando el segundo que ni él ni los suyos entregarán nunca a los Estados Unidos, que lo reclaman, a Bin Laden, refugiado en cuevas de las montañas inhóspitas de Afganistán. La respuesta de Washington ha sido contundente: la guerra.

No entraremos en la descripción del conflicto bélico que nos llega puntual y exhaustivamente por todos los medios de información. Nos centraremos en cambio en tratar de contestar algunas de las preguntas que nos sugiere el hilo conductor de los acontecimientos arriba descrito, como por ejemplo: ¿Por qué Afganistán? ¿Dónde y con qué modalidades se ha ido incubando el caldo de cultivo ideológico y religioso que ha infectado a inductores y ejecutores de tantos atentados? ¿Cómo y con qué recursos humanos, materiales, financieros, se han podido llevar a cabo? ¿Qué conocían previamente los servicios de inteligencia y qué les ha impedido actuar en consecuencia? ¿Cómo van a utilizar los gobiernos la ancha panoplia de medios de lucha contra el terrorismo que contiene la resolución del Consejo de Seguridad de la ONU? ¿Encontrará el texto de la resolución su urgente y debido reflejo en la legislación de nuestros países? ¿Se mantendrá entre éstos la necesaria franqueza en el intercambio de información en materia de terrorismo, sin distinguos hipócritas que tantas veces

han olvidado la necesaria solidaridad internacional? ¿Serán los países conscientes de los resultados nefastos que causan tales políticas egoístas? Si dichas obligaciones de cooperación solidaria han de mantenerse en el seno de la Comunidad internacional, con cuánta más dedicación se habrán de observar entre los aliados atlánticos y los socios de la Unión Europea.

Volviendo a nuestra primera pregunta: ¿por qué Afganistán? En efecto, la preparación de estos atentados podía haberse localizado en algunos otros puntos del planeta, igualmente alejados de la atención de las potencias, como Sudán, Yemen, Birmania, Sri Lanka, Somalia, Camboya, o algunas islas indonesias o filipinas. Pero es que en Afganistán concurrían muchas circunstancias favorables para que allí se centraran tales actividades conspiratorias: 1) estaba alejado de la atención mundial, que desde el fin de la ocupación soviética parecía haberse desentendido de su suerte; 2) los años de lucha habían llevado a Afganistán a millares de muyahidin procedentes de otros países islámicos (Siria, Yemen, Sudán, Argelia, Marruecos, etc), muyahidin que recibieron dinero procedente de Arabia Saudí y armas sofisticadas de los Estados Unidos (a través de Pakistán y su prepotente servicio de inteligencia, el ISI) y que, al término de la guerra, se trasladaron a sus lugares de origen o a otras zonas donde sus servicios fueran requeridos (como Bosnia-Herzegovina, Kósovo, Macedonia, Albania, más o menos clandestinamente); 3) otros se quedaron, bien armados pero faltos de paga, en el propio Afganistán, tratando de hacerse con el poder, unidos a tribus del norte y noroeste del país, que más tarde constituyeron la Alianza del Norte; 4) pero entretanto el vecino Pakistán, que había estado formando a generaciones de estudiantes afganos de teología islámica sunni, los taliban, en sus mezquitas y medersas (o madrasas) pagadas por Arabia Saudí, les hacía regresar a Afganistán para luchar contra aquellos restos de mercenarios y de tribus no pashtún, arrebatándoles el poder en Kabul (1996), Mazar-e-Charif, Kandahar y más de dos tercios del territorio afgano y haciéndose inexpugnables en el este y sureste; 5) allí fue acogido por el Comandante de los taliban, Mohamed Omar, nuestro personaje, el multimillonario saudí Osama bin Laden, forzado a abandonar su propio país, Arabia Saudí, y su refugio en Sudán. Allí encontró una guarida secreta y segura desde la cual seguir dirigiendo su corporación, al Qaida.

Hay que tener en cuenta, además, el papel de Afganistán en la geopolítica del Asia Central después del estallido del Imperio soviético (Hélène Carrere d'Encausse), como lo tuvo históricamente en calidad de Estado-tapón entre el Imperio zarista (luego, soviético) y el Imperio británico de la India (luego, Pakistán e India), a los que hay que añadir el tercer Imperio, el Chino. Encrucijada de caminos entre el Levante, Asia Central y Extremo Oriente, por él pasaron las tropas de Alejandro Magno y las hordas de Gengis Kan y Tamerlán, el viajero hispano-magrebí Ibn Batuta y el Embajador del Rey de Castilla, Clavijo, dejándonos ambos interesantísimos relatos que mencionan a Afganistán en los albores de los siglos XIV y XV.

Desde la disgregación del Imperio Británico de la India (1947), Afganistán ha ocupado un lugar muy especial en la política exterior y en la estrategia militar de Pakistán, porque aquél da a éste una mayor profundidad estratégica frente a la India con la que Pakistán busca obsesivamente la paridad. Para tratar de conseguirla, Karachi (capital desde la independencia), empleó a fondo la vía diplomática con los Estados Unidos y con la República Popular China, facilitando a su vez los primeros encuentros de Kissinger y Nixon con Mao-Zedong y Zhou-Enlai (a título anecdótico mencionaré la boda del hijo del Presidente Iskander Mirza con la hija del Embajador norteamericano en Karachi, un senador wasp de la costa este, que se presentaba como símbolo de la amistad entre

los dos países pero que, como era previsible, tuvo corta duración). La amistad con China la convirtió en la principal fuente de armamentos para Pakistán, mientras que la especial relación con los Estados Unidos se difuminó con las sanciones que éstos le impusieron, así como a la India, tras el éxito de sus respectivos programas de armas nucleares. El estado de abandono en que dejó Estados Unidos al pueblo afgano después de su heroico rechazo de la invasión soviética, contribuyó a que Islamabad, donde se habían venido sucediendo gobiernos civiles y militares, con absoluto predominio de estos últimos, echara mano de su potente Inter-Service Intelligence (ISI), para montar programas de acción tanto en Afganistán como en Cachemira, valiéndose de agentes de tribus pashtún, afganos o de la Provincia de la Frontera del Noroeste (NWFP). En el interior de Afganistán esta política aseguró la llegada de los talibán al poder y su conquista de Kabul en 1996. Este Afganistán talibánizado se convertía así en un territorio amigo y protegido que daba a Pakistán la profundidad estratégica que buscaba frente a la India. De ahí el temor de Islamabad a perder este colchón de seguridad si, tras la victoria de la Alianza del Norte, tan espectacular y fulminante con su entrada en Kabul, los aliados objetivos de Pakistán no consiguen una posición dominante en el nuevo gobierno afgano.

Hubo que esperar a la respuesta bélica norteamericana contra Bin Laden y los talibán para que Washington abriera precipitadamente el grifo de la ayuda financiera y comercial a Pakistán y levantara las sanciones (de lo que por cierto también se benefició la India).

A las tensiones geopolíticas a que he aludido han venido a unirse ahora las económicas por cuanto se están estudiando nuevas posibles salidas de la producción de los ingentes yacimientos de petróleo y de gas de la cuenca del Mar Caspio, a través de Afganistán y de Beluchistán hacia el Océano Índico, a través de Pakistán y la India hacia el Sureste asiático, y finalmente buscando la conexión a través de territorio chino con el Extremo Oriente. Algunas de estas posibilidades serían alternativas a las rutas del Cáucaso y el Mar Negro, Turquía y el Mediterráneo oriental o Irán y el Golfo Pérsico.

Estas son nuevas razones para que Afganistán siga de actualidad y para que las Naciones Unidas se preocupen, con planes de urgencia políticos, económicos y humanitarios, por la estabilidad del país en la nueva fase posttalibán en que estamos entrando. La gran coalición habrá así conseguido su primer e inmediato objetivo. Quedará el otro, muchísimo más importante y más difícil de alcanzar: desmontar totalmente los innumerables tentáculos de este pulpo terrorista que nos amenaza a todos. Pero ésta es ya otra historia.